

La devoción predilecta de la Venerable

Contado será el convento, fundado por Ntra. Sta. Madre, que no guarde como preciosa reliquia alguna o algunas imágenes del Niño Jesús, que la Santa gustaba de llevar consigo y dejaba luego, en herencia, a sus hijas. De variado mérito artístico estéticamente considerados entrañaban, a maravilla, y así lo veían claramente aquellas almas lo que su Sta. Madre quería decirles con aquel hecho: la manifestación gráfica, perenne que se les entraba, a diario, por los ojos, de lo que siglos más tarde, expresaría una hija suya, Sta. Teresita del Niño Jesús, con la frase hermosísima de «Camino de Infancia Espiritual». No entra en la índole de éste nuestro Boletín ni cabría en el corto espacio de unas cuartillas adentrarnos en el estudio, en las manifestaciones, en el por qué de aquellas inefables corazonadas de Nuestra. Sta. Madre en aquel su legar imágenes del Niño Jesús a sus *palomarcitos*, ni en la importancia de ese factor en la ascética y mística carmelitanas.

Trayendo ese factor en lo que atañe a nuestra Venerable, vemos que fué, en aquella portentosa vida, el eje central a cuyo alrededor giró siempre y en toda coyuntura toda su actividad espiritual; que constituyó la trama y urdimbre del entretejido de sus virtudes y la clave para adentrarnos en aquel santuario admirable de su espíritu.

En realidad de verdad, la vida espiritual de nuestra Venerable está simbolizada en aquella flor que, siendo niña, le pidió al divino Niño Jesús, episodio regaladísimo que ella misma nos refiere con estas palabras: «Estando cogiendo flores de alielies en un jardín que había en casa de mis padres, se me apareció un Niño muy hermoso y me pidió una flor diciéndome: *Ana, dame una flor*. yo respondí que tomase la que quisiese dijo el Niño que no sino que yo se la diese, y se la di, y tomola el mismo Niño mostrándome el rostro alegre y sonriéndose, yo le pregunté que si era Dios y respondió que sí. Fué tan excesivo el contento que me dió que no lo puedo ex-

plicar y abajándome a tomar otra, para dársela, y volviendo después la cabeza, no le hallé, y andaba a buscarle con ignorancia de niña, y de ésta visión le cobré un amor muy grande, y desde entonces di en hacer altarcicos, y entreteníame en rezar en ellos, sin gustar ni apetecer, en aquella edad, otras cosas, y cuando subía las escaleras hincaba las rodillas en cada una y decía: *hago esto por amor de aquel Niño Dios*»

Si en aquella flor estaba simbolizada el alma de la Venerable, cierto es que nunca ya en adelante se cayó de aquellas divinas manos a las que voluntariamente se entregó; flor que fué ensanchando su corola, acreciendo sus pétalos, abriendo su cáliz, aumentando su fragancia de día en día, con su propia cooperación personal a la gracia divina, que en ella tan abundosa era y tanta lozanía le infundía.

Veinte años más tarde, estando la Venerable en el convento de la Jara se le apareció el Niño Jesús, con un ramillete de flores en las manos, y se lo dió diciéndole que aquellas eran las flores que ella le había dado, siendo niña, estando en el jardín de su casa.

Peregrinas fueron, en verdad, las demostraciones del Niño Jesús para con la Venerable en cuya vida no hay episodio, de más o menos monta, en que Jesús Niño no tenga la parte principal. ¡Qué solicitudes tan amorosas tuvo para con la Venerable, cuando le encomendaron el oficio de tornera! Hasta llevarle a la celda las llaves de la clausura luego de haberla cerrado, una noche que la Venerable la dejó, por olvido, abierta, y entregándoselas le dijo: «*Mira que te habías dejado abierta mi casa*» ¡Cuántas finezas en el tiempo que ejerció el oficio de sacristana! Pero ¿Qué decir y cómo podríamos encerrar en el estrecho marco de estas líneas el sinnúmero de singulares providencias cuando estaba la Venerable al frente de la comunidad? testimonio clarísimo de que sería incomprensible la vida de la Venerable, a quien intentara estudiarla sin el